

V. Blasco Ibáñez
Una rectificación
(*ABC*, 28-2-1911, p. 6)

Señor D. Torcuato Luca de Tena.

Querido amigo y compañero: No tengo la costumbre de llevar a la prensa mis asuntos particulares; pero en vista de ciertas apreciaciones, basadas en el error o en la tristeza del bien ajeno, creo necesario hacer una aclaración, y le ruego se sirva publicarla, apelando a su buena amistad.

Yo soy propietario de tierras en la República Argentina; tierras que he adquirido por compra, pagándolas al precio corriente. El Gobierno argentino no me ha regalado nada, y yo no tengo con él otras relaciones que las del agricultor que adquiere tierras públicas mediante el pago a plazos y se somete a las condiciones generales, sin privilegio ni favor especial. Estos campos, agrandados por la imaginación de muchos hasta convertirlos en una especie de reino, son simplemente, por ahora, 2500 hectáreas, en Río Negro, a los que hemos de dar regadío con obras hechas a nuestras expensas, entre ellas un acueducto de dos kilómetros que estamos construyendo. Yo y mis compañeros (pues somos varios en esta empresa) aún estamos al principio de nuestra obra, y llevamos gastadas más de 500 000 pesetas en máquinas, trabajos de fábrica, etc. Además, como garantía de que vamos a cultivar la tierra y no a especular con su venta, hemos tenido que hacer el depósito (siempre con arreglo a la ley) de una fuerte cantidad en el Banco de la Nación Argentina, cantidad que equivale a una fortuna.

Conste, pues, que no hay regalo del Gobierno, que yo no gozo de privilegio alguno y que trabajo bajo la protección de aquel como cualquiera otro extranjero de los que llegan al país con algún capital, valerosas iniciativas y firme voluntad para arrostrar contrariedades.

Hablemos ahora de la emigración. Es inocente (por no decir otra cosa) suponer que existe en España una gran corriente emigratoria hacia la Argentina porque yo la fomento. Cuando fui por primera vez a dicha república, con una finalidad puramente literaria y sin pensar todavía en empresas agrícolas, me encontré con que en ciertos meses desembarcaban en Buenos Aires hasta 10 000 españoles. Este movimiento emigratorio se había iniciado años antes, y luego ha continuado, y continuará seguramente, como resultado lógico del malestar económico que existe en España y de las facilidades que encuentra allá el verdadero trabajador. Aquel país sufre crisis como todos los países; caen vencidos en él los que se hallan mal armados para las luchas de la vida, como ocurre en todas partes; pero son muchos más los que triunfan, como lo

demuestra la gran colonia española, rica y floreciente, que es dueña de la tercera parte del comercio argentino y se extiende por los campos, disputando la posesión del suelo a los italianos, monopolizadores hasta hace poco de la agricultura en esta república de habla y tradición españolas.

Resulta inverosímil y mueve a risa el suponerme con una influencia nacional tan grande que basten unas cuantas palabras mías para que yo despueble a España, empujando miles de hombres, «barcos enteros de emigrantes», hacia la República Argentina. Las provincias que mayor contingente dan a la emigración sudamericana son las del norte de la península: Galicia, Asturias y las Vascongadas; provincias que apenas conozco y donde mi nombre solo puede inspirar, cuando más, una lejana simpatía literaria o política. Antes de que yo pensara en ir a la América del Sur, los españoles de esas provincias conocían perfectamente el camino. Yo no fomento la emigración.

Para reclutar emigrantes, lo primero es costearles los medios de viaje a aquellas tierras, y yo no he pagado ni pienso pagar a nadie tales gastos. Pueden atestiguarlo miles de españoles que han venido a solicitar de mí este apoyo, y a los que he contestado siempre negativamente.

Eso que yo hago es favorecer, con los modestos medios de que dispongo, a los agricultores españoles que, resueltos a emigrar, emprenden el viaje y no ven otro porvenir inmediato al llegar allá que contratarse como peones.

Nosotros podíamos imitar a muchos propietarios que alquilan braceros para sus trabajos y no les dan otra participación en el producto que el jornal diario. El Gobierno argentino nos ha vendido las tierras con solo las obligaciones generales de la ley y sin exigirnos que los trabajadores pertenezcan a determinada nacionalidad. Somos nosotros los que por nuestra condición de españoles exigimos que sean españoles los que disfruten de las ventajas que ofrecemos. Queremos que el compatriota que llega a la Argentina por su propia voluntad, sin excitaciones de nadie, a impulsos de un legítimo deseo de mejorar su posición social, en vez de ser eternamente bracero, sea colono y pueda convertirse en propietario del campo que cultiva. Para esto le damos tierra, medios de trabajarla, una participación grande en los productos y facilidades para convertirse en dueño del suelo. ¡Ojalá dispusiéramos de los elementos necesarios para hacer extensivo esto a todos los que llegan...! Por desgracia, solo puede alcanzar nuestra protección a unos cuantos centenares; pero, aun así, creemos que es más patriótico preocuparse de la suerte del español que emigra, proporcionándole un bienestar positivo, que mantener a España en una agricultura primitiva, hablar de una política hidráulica que todavía es un proyecto y dedicar el capital a la renta pública, sin arriesgarlo nunca en empresas populares.

Una carta mía, dirigida a un amigo desde Buenos Aires, carta que fue publicada y comentada por casi todos los diarios españoles, ha servido para abultar y exagerar mi empresa agrícola de la Argentina, dándole las proporciones de una expedición mayor que las de Cortés y Pizarro. Por medio de cartas particulares, he procurado al regresar a España desvanecer esta exageración y volver las cosas a su verdadero estado. Muchos creen que tengo allá centenares de leguas y necesito para ellas miles y miles de familias. No es cierto. Para nuestras tierras hay de sobra con dos o tres centenares de hombres, y aun estos han de ir allá en diversas expediciones, con ciertos intervalos de tiempo, así como se vaya roturando el terreno, construyéndose casa, ensanchándose la red de irrigación, etcétera. Atendemos a la calidad de la gente y no a la cantidad. Solo aceptamos labriegos experimentados, pues en Argentina hay brazos, bien sean de italianos, rusos o armenios: lo que faltan son maestros prácticos de agricultura.

Y yo, que soy hijo de la región agrícola más adelantada de España, que gozo en ella de cierto prestigio popular y un cariño espontáneo, no necesito de esfuerzos, «de arengas y proclamas», ni de ejercer de «agente de emigración», para que un gran número de labradores valencianos vayan conmigo a la Argentina. Muchos están ya trabajando en Río Negro; otros irán cuando tengan preparadas tierras y casas.

No nos conocemos de ahora ellos y yo. Somos amigos de la primera juventud, compañeros de luchas políticas, camaradas cuyo cariño ha sido puesto a prueba, hermanos que quieren ir allá donde yo vaya y vivir donde yo viva. Esos que conocen mi actuación en Valencia saben perfectamente que no necesito de esfuerzos para que muchos labradores vengán conmigo, «siempre que yo vaya al frente de ellos». Si quisiera, me seguirían miles; pero como no hay allá tierra para tantos, solo vendrán centenares. Y no son gente que se mueve a los impulsos de la miseria, sino por el deseo de un bienestar mayor, pues algunos de ellos hasta disponen de modestos capitales.

Conste, pues, que no pretendo despoblar España, ni soy un temible «agente de emigración». ¿Para qué necesita nuestro país que alguien propague la conveniencia de emigrar? Se basta él solo para ello. Cuenta con sus gobiernos, con su espíritu estacionario, con la cobardía de sus capitales, etcétera.

Un detalle que procuraré ocultar en América, pero que aquí puede revelarse, en familia: he recibido millares de cartas de españoles que me pedían les costease el viaje a la Argentina para salir de miseria y trabajar... en lo que se presentase. Todas esas cartas las he dejado sin respuesta. De ellas, unas 5000 son de médicos y de maestros de escuela.